

www.elboomeran.com

James Salter

# JUEGO Y DISTRACCIÓN

Traducción del inglés de  
Jaime Zulaika



salamandra

Título original: *A Sport and a Pastime*

Fotografía de la cubierta: *Female nude*, 1950, de George Platt Lynes, © Estate of George Platt Lynes.  
Por cortesía de The Kinsey Institute for Research in Sex, Gender, and Reproduction.

Copyright © James Salter, 1967

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2013

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-550-2

Depósito legal: B-16.507-2013

1ª edición, julio de 2013

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

¡Sabed que la vida del mundo  
es juego y distracción...!  
Corán, 57, 20



# 1

Septiembre. Parece que estos días luminosos no acabarán nunca. La ciudad, casi desierta en agosto, se está llenando de nuevo. Se repuebla. Todos los restaurantes y comercios vuelven a abrir sus puertas. La gente regresa del campo, del mar, de viajes por carreteras congestionadas de tráfico. La estación está muy concurrida. Hay niños, perros, familias con equipajes atados con correas. Me abro camino entre ellos. Es como atravesar un túnel. Por fin salgo a la luminosidad del *quai*, debajo de un gran techo de cristal que parece ampliar la luz.

A ambos lados hay una larga fila de vagones verde oscuro, con la pintura descascarillada por el tiempo. Los recorro leyendo los números, primera y segunda clase. Es como contar dinero. Me reconforta la sensación de abandonarme al cuidado de quienes dirigen estos trenes grandes, somnolientos, por cuyos cristales claros hay gente mirando, como exhausta, tan quieta como inválidos. Resulta difícil encontrar un compartimento vacío, simplemente no hay ninguno. Mis bolsas empiezan a pesarme. A la mitad del andén subo al tren, recorro el pasillo y finalmente abro una puerta corrediza. Nadie alza la vista. Levanto mi equipaje para depositarlo en la rejilla y tomo

asiento. Silencio. Es como estar en la sala de espera de un médico. Miro alrededor. Hay fotografías de turismo en la pared, paisajes de la Bretaña, de la Provenza. Enfrente de mí hay una chica con marcas de nacimiento en una pierna, marcas de color uva. Las miro y remiro. Por su forma parecen islas del canal.

Por fin, con un gruñido, empezamos a movernos. Suena un chirrido de metal, portazos secos. Una agradable sacudida en el cambio de vías. El cielo está pálido. Un francés con una chaqueta y un pantalón azules duerme en el asiento del rincón. Los tonos de azul no casan. Son piezas de dos trajes distintos. Lleva calcetines de color gris perla.

Pronto circulamos por una vía de salida, desfilan las casas de las afueras, calles ordinarias, apartamentos, jardines, tapias. La vida secreta de Francia, en la que nadie puede penetrar, la vida de álbumes de fotos, de tíos carnales, de nombres de perros que han muerto. Diez minutos después, París se ha desvanecido. El horizonte, cargado de edificios, se esfuma. Ya me siento libre.

Verde, burguesa Francia. Rodamos a toda velocidad. Cruzamos puentes con un tamborileo seco. El campo se va abriendo. Hay extensiones largas, de color trigo, y luego tierra llana y verde, tendida y fértil. Las granjas son de piedra. La sabiduría de generaciones nos dice que la única riqueza verdadera es la tierra, un conocimiento que no admite discusión, no necesita cambio. Campo abierto, plano como un terreno de juego. Hileras de árboles.

Ella tiene también dos lunares en la cara y un dedo vendado. Intento imaginar dónde trabaja: en una *pâtisserie*, decido. Sí, la veo de pie detrás de las vitrinas de pasteles. Sí. Eso es. Sus zapatos negros están un poco polvorientos. Y son muy puntiagudos. Las punteras son absurdas. Sortijas baratas en ambas manos. Lleva un jersey negro, una falda negra. Frunce el cejo mientras lee las

historias de amor de *Echo Mode*. Parece que el tren va más rápido.

Pasamos a toda velocidad por las ciudades. Cesson, una estación blanca con un reloj antiguo. Ríos con gabarras. Cruzamos zumbando otra localidad, con gente en el andén quieta como vacas. Túneles, ahora, que presionan los oídos. Es como si estuviesen barajando un mazo enorme de imágenes. A continuación harán un truco. Silencio, por favor. El tren comienza a reducir un poco la velocidad, como obedeciendo. La chica de enfrente se ha quedado dormida. Tiene una boca estrecha, con las comisuras curvadas hacia abajo, como por el peso de una sabiduría amarga. Expone la cara al sol. Se remueve. La mano se le desliza: la palma reposa ahora sobre el estómago, que se parece ya a un Rubens. De improviso abre los ojos. Me ve. Aparta la mirada hacia la ventanilla. Ahora tiene las manos cruzadas sobre el vientre. Sus ojos vuelven a cerrarse. Nos inclinamos con el tren en los virajes.

Abajo pasan canales, brillantes como jade, canales con barcas atracadas. El verdín da al agua un tono verdoso. Casi se podría escribir en su superficie.

Henares que forman diseños largos, rectangulares. Ahora surgen colinas no muy altas. Álamos. Campos de fútbol vacíos. Montereau: un chico en bicicleta aguarda cerca de la estación. Hay iglesias con veletas. Arroyuelos con barcas de remos amarradas debajo de los árboles. La chica comienza a buscar un cigarrillo. Advierto que el cierre de su bolso está roto. Ahora el tren avanza paralelo a una carretera, más rápido que los coches, que vacilan y se alejan. El sol me da en la cara. Me duermo. La hermosa piedra de tapias y granjas desfila sin ser vista. El dibujo de los campos queda atrás, algunos pálidos como pan, otros oscuros como el mar. El tren reduce la marcha y empieza a moverse con un traqueteo medido, majestuoso, como el de un carruaje. Abro los ojos. En lontananza veo el esqueleto gris de una

catedral, el perfil azul de Sens. En la estación donde paramos unos pocos minutos, la grava resuena bajo los pies de los viajeros que pisan el suelo resquebrajado del andén. Sin embargo, reina un extraño silencio. Hay susurros y toses, como en un entreacto. Oigo arrancar el papel de un paquete de cigarrillos. La chica se ha apeado. Ha recogido sus cosas y se ha ido. Sens está en una curva, y el tren está inclinado. Los pasajeros, ociosos, miran por las ventanillas abiertas.

Las colinas se aproximan y desfilan a nuestro lado cuando, poco a poco, comenzamos a salir de la ciudad. Las casas ofrecen sus ventanas abiertas al cálido aire matutino. El heno está hacinado en forma de cajas, gallineros, hogazas de pan. Por encima de nosotros, de pronto, pasa una iglesia. En sus muros hay grietas lo bastante grandes para que aniden pájaros. Voy a recorrer esas carreteras comarcales, seguir el curso de esos arroyos brillantes.

Rosa, pardo, camello, tabaco: de esos colores son las ciudades. Hay pastos largos y ondulados, con hileras de árboles. St. Julien du Sault: su hotel parece vacío. Gaviillas de heno ahora, fardos. Grandes cuadrados de maíz. Cezy: su estación parece el decorado de una obra recién representada. Pirámides de heno, buhardillas, barricadas. Huertos. Niños jugando en huertas. JOIGNY, escrito en letras rojas.

Cruzamos un riachuelo, el Yonne, al entrar en Laroche. Hay un hotel con el tejado ennegrecido por el tiempo. Flores en las macetas del alféizar. Una nueva parada. Aquí se hace transbordo.

Deambulamos en silencio entre carros de equipaje que parecen abandonados. En un carrito se venden bocadillos y cerveza. Una chica embarazada me dirige una mirada según pasa de largo. La cara quemada por el sol. Ojos pálidos. Expresión serena. Se diría que la gente, sobre todo las mujeres, ha vuelto a ser real. Se han esfu-

mado las criaturas elegantes de la ciudad, de las grandes carreteras, los lugares de veraneo. Apenas las recuerdo. Esto es distinto. Al fondo de las vías hay cobertizos llenos de bicicletas. Obreros de azul esperan sentados en bancos iluminados por el sol.

A partir de aquí la línea no está electrificada. El tren va más despacio. Rebasamos aguas verdes en las que han caído árboles. Vaharadas de humo acre entran en el compartimento, ese maravilloso humo corrosivo que se come el acero y adquiere un tono negro terminal como el carbón.

Hay una chica silenciosa, con trinchera, sentada en el rincón; tiene cara de pájaro, una de esas caritas duras, con los huesos muy pegados por debajo. Una cara apasionada. La cara de una chica que quizá se traslade a la ciudad. Tiene ojos grandes, perfilados en negro. Una boca amplia, pálida como la cera. Le ciñe el cuello una cinta de diamantes de imitación. Parece que veo todas las cosas más claras. Se me abren los detalles de un mundo entero.

El cielo está ahora casi completamente cubierto de nubes. La luz ha cambiado, y también los colores. La distancia torna azules los árboles. Los campos se agostan. Hay túneles de heno, mezquitas, cúpulas, bóvedas. Todas las casas tienen su huerto. Aquí la carretera está vacía: algún que otro motorista, algún camión. La gente viaja a otros lugares. En el exterior de una casa hay dos jaulas pequeñas para que los canarios tomen el aire. Pasamos junto a cascos, ladrillos de heno. Abrimos surcos. Va y viene el olor ácido del humo. Los silbidos largos, estridentes que se pierden a lo lejos me llenan de alegría.

Ella ha sacado un caramelo del bolso. Lo desenvuelve, se lo mete en la boca para garantizar el silencio. Sus dedos juegan con el papel, lo enrollan lentamente, presan la bola. Sus ojos son azul claro. Pueden mirar fijamente a través de uno. La nariz es larga pero femenina. Me gustaría verle los dientes.

Se toca el pelo, primero por debajo de una oreja, luego de la otra. Su anillo de boda parece esmaltado. Tiene un paraguas de tela violeta amarrado con una cuerda al equipaje. El mango es dorado, no más grueso que un lápiz. No lleva laca en las uñas. Ahora permanece inmóvil en su asiento y mira por la ventanilla, con la boca fruncida en una vaga expresión resignada. La chiquilla que está frente a mí no puede apartar los ojos de ella.

Empiezo a mirar por la ventana. Estamos llegando. Por fin, a lo lejos, contra un cielo veteado, aparece una ciudad. Una aguja grande, señera, severa como un monumento: Autun. Bajo mis bolsas de viaje. Sufro un repentino y breve acceso de nerviosismo cuando las transporto por el pasillo. La idea de venir aquí resulta visionaria.

Sólo se apean dos o tres personas. Aún no es mediodía. Hay un único reloj de agujas negras que saltan cada medio minuto. Mientras camino, el tren se pone en marcha. Por alguna razón, me asusta que se vaya. Pasa el último vagón. Revela vías vacías, otro andén, ni un alma en él. Sí, ya lo veo: algunas mañanas, ciertas mañanas de invierno, esto está casi totalmente cubierto de niebla; detalles, objetos, surgen poco a poco, a medida que avanzas. Por las tardes, el sol lo baña todo en una luz fría, incorpórea. Entro en la sala principal de la estación. Hay un quiosco de prensa con persianas de hierro. Está cerrado. Una balanza grande. Horarios en la pared. El hombre al otro lado del cristal de la ventanilla no alza la mirada cuando paso por delante.

La casa de los Wheatland está en la parte vieja de la ciudad, exactamente encima de la muralla romana. Primero hay una larga alameda y luego la plaza enorme. Una calle de tiendas. A continuación, nada más que casas, un silencio como en los cuadros de Utrillo. Por último, la place du Terreau. Hay una fuente, una fuente de tres caños donde beben palomas, y, perfilándose encima, la catedral, como un gran barco varado. Sólo es posible vislumbrar la

aguja, adornada en las aristas, esa maravillosa espadaña que al mismo tiempo apunta hacia el centro de la tierra y al vacío exterior. La carretera la rodea por detrás. Muchas de sus ventanas están rotas. Los armazones de plomo, en forma de diamante, están vacíos y negros. Treinta metros más allá hay una callejuela sin salida, un *impasse*, como lo llaman, y ahí está la casa.

Es grande y de piedra, con el tejado ligeramente hundido y los alféizares gastados. Una casa enorme, de ventanas altas como árboles, exactamente como la recuerdo de una visita de unos pocos días en que, al subir desde la estación, tuve la extraña certeza de que estaba en una ciudad que ya conocía. Sus calles me resultaban familiares. Para cuando llegamos a la cancela, ya se había formado la idea que flotó en mi cabeza durante el resto del verano: la de que volvería. Y ahora estoy aquí, delante de la puerta. Cuando la miro, de repente veo, por primera vez, letras escondidas en el follaje de hierro, una inscripción: VAINCRE OU MOURIR. Falta la C de *vaincre*.

Autun, callado como un cementerio. Tejados de tejas oscuras por el musgo. El anfiteatro. La gran plaza central: el Champ de Mars. Ahora, en el azul otoñal, reaparece esta vieja ciudad, otoño provinciano que te cala los huesos. El verano ha terminado. El jardín se marchita. Las mañanas son frías. Tengo treinta, tengo treinta y cuatro años: los años se secan como hojas.

## 2

Esta ciudad azul, indolente. Sus gatos. Su cielo pálido. El cielo vacío de la mañana, exhausto y puro. Sus calles hondas, hendidas. Sus patios angostos, el tenue olor a podredumbre dentro, peladuras de naranja tiradas en las esquinas. Los bordillos desiguales, con los bordes gastados. Una ciudad de médicos, dueños todos de amplias casas. Cousson, Proby, Gilot. Hasta las calles llevan sus nombres. Pasadizos que cruzan la muralla romana. La Porte de Breuil, sus rejas de hierro hundidas en la piedra como clavos de alpinistas. Las mujeres suben la cuesta empinada sin resuello, con los pulmones silbando. Una ciudad en la que todavía abundan las bicicletas. Por las mañanas pasan silenciosas. El olor del pan llena las calles.

Me despierto antes del alba, a las 5.45, las campanas tañen tres veces a lo lejos y, un momento después, muy cerca. Los instantes más fervorosos de mi vida los he pasado escuchando en la cama, de noche, esas campanas. Me inundan, me sacan de mí mismo. De pronto sé dónde estoy: soy parte de esta ciudad, y soy feliz. Me asomo por la ventana y me lava el aire frío, aire que parece que nadie ha respirado todavía. Pasan tres chicos en moto, casi cogidos de la mano. Y luego empieza el puro, melancólico, primer

azul matutino. El aire en que uno se baña. El eléctrico chillido de un tren. Tacones sobre la acera. Los primeros pájaros. No puedo dormir.

Hago cola en las tiendas, nadie lo advierte. Las chicas van de un lado para otro detrás de los mostradores, chicas de cara blanca, con tobillos blancos como el jabón, con zapatos gastados cuya puntera cede, con vestidos que asoman por debajo de las batas blancas. Llevan las uñas cortas. En invierno tendrán las mejillas coloradas.

—*Monsieur?*

Esperan a que yo hable, y por supuesto ahí se acaba todo. Saben que soy extranjero. Me incomoda un poco. Me gustaría hablar sin la menor traza de acento: me han dicho que tengo buen oído. Me gustaría, imposible, entender todo lo que dicen en la radio, las letras de las canciones. Me gustaría pasar inadvertido. La campanilla colgada en la parte interior de la puerta suena cuando salgo, y eso es todo.

Vuelvo a la casa, abro la cancela, la cierro detrás de mí. Su chasquido es agradable. La grava, del tamaño de guisantes, se mueve bajo mis pies y de ella se levanta un polvo liviano, el perfume de la ciudad. Lo aspiro. Empiezo a conocerlo, y también los vecindarios. Una geografía de calles favoritas se va formando en mí mientras duermo. Esta ciudad intrincada va desplegándose detalle a detalle, pedazo a pedazo. Recorro la ribera del río entre dos puentes. Paseo por el cementerio, que brilla como una joya en la luz última, sesgada. Se diría que inspecciono una finca, pasando entre propiedades que algún día serán mías.

Éstas son notas sobre fotografías de Autun. Sería mejor decir que empezaron como notas pero luego se volvieron otra cosa, una descripción de lo que considero sucesos. Las tomaba para mí solo, pero ya no puedo ocultarlas. Aquellos tiempos pasaron.

Nada de esto es cierto. He dicho Autun, pero fácilmente podría haber sido Auxerre. Estoy seguro de que lo entenderán. Me limito a anotar detalles que absorbí, fragmentos capaces de desgarrarme el cuerpo. Es la historia de cosas que nunca existieron, aunque el menor asomo de duda al respecto, la mínima posibilidad, lo sume todo en tinieblas. Sólo quiero que quien lea esto esté tan resignado como yo. Ya hay suficiente pasión en el mundo. Todo se estremece de pasión. No es que yo crea que no debiera existir, no, no, pero esto es tan sólo una fina esquirla reflectante que de algún modo sigue captando la luz.

Cristina Wheatland, antes Cristina Cabaniss, y de soltera Poore, tiene una cara serena, un poco huesuda, y grandes ojos claros. Su padre era embajador. Llevaban una vida esplendorosa. Ella fue al colegio en todas partes, en Argentina, en Grecia, en Filipinas. No recuerdo cómo la conoció Billy, sólo me acuerdo de que ella tenía veintitrés años y de que fue un flechazo para los dos. Ella estaba en trámites de divorcio. Él era el hombre con quien debería haberse casado. Sabía manejarla. Es el único hombre que sabe cómo hacer que ella se sienta una mujer.

—¿No es así, cariño? —dice ella.

—Así es, Bummy.

Él está eligiendo cubitos de hielo de un cubo plateado y habla dando la espalda. Ella está sentada en el otro extremo de la habitación, con las piernas ovilladas debajo del cuerpo. París. Son las tres de la madrugada. La hija de ambos, los criados, todo el edificio está durmiendo. Ella se inclina hacia delante para que yo le encienda el cigarrillo y luego se recuesta, flota, en realidad, contra los blandos almohadones. Dice que ya no puede vivir en Estados Unidos. Es lo único que la fastidia. Ha vuelto de visita. No es un lugar para ella. Para empezar, ni siquiera sabe conducir. Billy le tiende la bebida. Ella se la devuelve.

—Cariño —dice—, sólo quería la mitad.

Él va de nuevo hasta el otro extremo de la larga habitación. Lo veo coger otro vaso. Hay una lentitud misteriosa en todos sus movimientos, como si estuviese pensándolos. Aun así, son gráciles como en un sueño. Billy Wheatland estaba en el equipo de hockey, decían que era de los mejores jugadores que habían tenido, y siempre estaba rodeado de amigos. Nunca se lo veía solo. Estaba delante de un espejo, peinándose hacia atrás el pelo todavía húmedo de la ducha. Una pequeña cicatriz heroica relucía en su labio cuando sonreía.

Vuelve con la segunda copa y se la da a Cristina sin decir palabra.

—Te adoro —dice ella.

Él se sienta y cruza las piernas. Calza zapatos caros. Cristina pasea los dedos por la cara interior del collar de perlas sueltas que le ciñe el cuello. Billy me dice:

—Bueno, ya sabes que aquello es muy tranquilo. Me refiero a que es una ciudad muy pequeña. Estuviste antes, pero no creo que te dices cuenta.

Empiezan a hablar de a quién podría Billy enviarle una carta de recomendación para mí. Yo escucho sentado y ligeramente emocionado, como un niño en cuya presencia se habla de mandarlo un año a un internado.

—El agua está cortada —dice Billy—. Ni siquiera sé dónde está la llave. Hay un agente que se ocupa de esas cosas. Nunca hemos estado en invierno.

Pero una carta arreglará eso, también, o si no una llamada. Está solucionado. Iré cuando quiera. Cristina empieza a hablar con Billy. Yo apenas escucho. Me embargaba un gozo del que no podía hablar, como el del brillo de la luz del sol. Eran las diez mil fotos famosas que Atget había hecho de un París ya desaparecido, aquellas magnas imágenes calladas, bañadas en el color pardo del cloruro de oro; pensaba en ellas y en su autor, todas las mañanas antes del alba, robando lentamente la ciudad a quienes la

habitaban, un árbol aquí, un escaparate, una fuente inmortal.

Veía ante mí la calma, el refugio de muchas horas diligentes mientras esta ciudad mía se me revelaba a mí, su único forastero, día tras día. Claro que todo eso era impulsivo. No se lo dije a nadie, esas ideas pueden esfumarse. No fui más allá de imaginar el momento de mostrarlas todas por primera vez. Por la mañana en la galería. Están volteando las copias, una por una. Caen, suavemente, cenizas sobre la mesa. Una mano distraída las barre. ¿Os gustan? Estoy allí, con el aura de Europa todavía reciente. Incluso mi ropa la compré allá. Aguardo una respuesta. Pueden hacerte famoso, dice finalmente. Me siento aturdido. Por un instante me permito creerlo.

—¿Cuántos habitantes tiene ahora?

Billy no lo sabe. Se dirige a Cristina.

—Es muy pequeña —dice ella.

—Quince mil —calcula él.

—No es tan pequeña —digo—. Tiene más.

—Es pequeña —me advierte él—. Créeme.

Ciudad amada. La veo en todos los climas, la luz del sol cayendo sobre las callejas como fragmentos de loza, los atardeceres silenciosos, el viaducto azulado de lluvia. Y, al regresar —eso es mucho después—, hay largas, claras extensiones de campo a ambos lados, y rebasamos una nave de árboles, con los troncos blanqueados de cal. Carreteras de Francia. Restaurantes y cementerios. Árboles negros y lluvia suspendida. La aguja indica ciento cuarenta. Los ejes crujen como leña.

El Grand Hôtel Saint-Louis. El pequeño patio con sus mesas y sillas de metal. Los postigos de habitaciones interiores, abiertos a través de un muro de hiedra espesa. Hay en él rejas sepultadas, balcones olvidados. Arriba, un pedazo del cielo de Autun, frío, nublado. Es el atardecer: el verde tiembla, los zarcillos diminutos se inclinan y se co-

lumpian. Ha llegado ese frío penetrante de Francia, ese frío que lo toca todo, que llega demasiado pronto. Dentro, debajo de la *coupole*, veo las mesas que están preparando para la cena. Las luces están ya encendidas sobre las maravillosas consolas de cristal cuyo interior despliega la riqueza de esta ciudad antigua: relojes en estuches de cuero, soperas, fulares. Paseo la mirada. Perfumes. Libros sobre escultura medieval. Collares. Lencería. El cristal tiene, como un barco, finas tiras de latón que recorren los bordes y se curvan en la parte superior: un domo de fragmentos teñidos, hexágonos, colmenas de color. Por detrás de todo esto, los camareros desfilan con chaquetilla blanca.

Una ciudad pequeña, sin alegría, con sus cafés y su enorme plaza. En las afueras se alzan apartamentos nuevos. Calles que nunca he visto. Hay dos cines, el Rex y el Vox. Brota agua de las fuentes. Unas ancianas pasean a sus perros. Por la mañana. Leo una *Historia ilustrada de Francia*. Una niebla densa ha blanqueado el jardín, donde todo queda oculto. Un silencio absoluto. Apenas percibo el paso del tiempo. Cuando salgo, el sol empieza a asomar. El chapitel parece negro. Las palomas rezongan. No puedo evitar el deseo de hablar con alguien sobre este momento. Echo a andar bajo el flanco largo y ceñudo de la catedral, y luego desciendo. Conozco todas las calles. Place d'Hallencourt. Rue St. Pancrace, que se curva como una mujer. Conozco las casas bellas. Y, por supuesto, conozco a algunas personas. A los Job: creo que ella es la mujer más flaca que he visto en mi vida. A la camarera del Café Foy. A madame Picquet. Precisamente, tengo que preguntarles a los Wheatland por ella.